

Murcia

Angel García Escalante, 83 años
Margarita Mondéjar, 24

AL PARAÍSO EN BICICLETA

Ángel no luchó en primera línea de batalla pero la guerra le mutiló una parte de su vida, y aunque era sólo un niño cuando estalló ésta le condenó a un futuro diferente.

Su padre tenía dos alpargaterías: una en San Antolín, donde nacieron él y sus dos hermanos y otra en Santa Eulalia, barrio al que se mudarían más tarde y en el que nació su hermana menor.

Corrían los primeros años de la década de los 30 cuando vivió su época dorada el negocio familiar. Su padre tenía empleados a su cargo y su única preocupación era no recibir demasiadas pedradas jugando con los tirachinas. En aquellos tiempos los domingos suponían dejar las alpargatas y calzarse unos zapatos -“los zapatos”- y unos bombachos sustituían al pantalón corto de todos los días. Esas tardes de domingo paseaba con su madre por el Malecón, se dirigían hacia el Café Arenal en el que su padre jugaba la partida; allí esperaban a que terminase para continuar caminando hasta la Cafetería Babiera, donde comían un helado tomando el fresco. A veces también iba al Central Cinema para ver películas del oeste.

La Navidad también cambió mucho; antes de la guerra los Reyes traían regalos que colmaban la ilusión de un niño, no la alegría por una camisa cuando uno no tenía qué ponerse, sino la ilusión que siente un crío inocente al descubrir el día 6 de enero un caballito de balanceo, al que apenas llega él solo para poder subirse, o un magnífico coche a pedales.

Ángel me dice, mirando al infinito: “esa es la Murcia que se fue” y recuerda el luminoso rojo en el que ponía hotel Reina Victoria Hotel.

Después llegó la guerra. Y con la guerra llegó la miseria, el hambre y la penuria. Los milicianos encargaban alpargates a su padre lo malo era que nunca pagaban y así, par a par, tuvo que cerrar uno de sus establecimientos, ir reduciendo su plantilla y marcharse con su familia a una casa de la huerta en los alrededores de la ciudad. Con la Liberación la situación no mejoró, el género que necesitaba estaba, como todo, racionado y poco tiempo después, arruinado y habiendo cerrado el negocio al que había dedicado toda su vida, murió.

Ángel contaba con tan solo 14 años cuando murió su padre y empezó a trabajar en una barbería al salir del colegio, allí cepillaba los hombros o ponía la espuma esperando una propina. Esa propina no era para ir al cine ni para comprar castañas sino para intentar conseguir algo de pan en el estraperlo de la orilla del río. Su madre, que había sido modista, cosía de noche alumbrándose con un quinqué en una casa sin luz eléctrica para intentar sacar adelante a sus hijos.

Cinco años más tarde murió su madre y él cambió el trabajo de aprendiz de peluquero por el de cristallero. Pudo comprar la casa en la que vivía con mucho esfuerzo y trabajo, la sometió a las reformas necesarias incluso a veces no comía para poder pagarla.

Por aquella época ya conocía al gran amor de su vida. Entonces, comiendo como se comía carne de domingo en domingo no podía ofrecer una gran boda, con un copioso banquete, orquesta, vestido blanco de cola y mantilla. Él le ofrecía, su casa, su vida y todo su amor, algo que no fue suficiente para ella. Estaba Ángel a punto de cumplir 33 años, para algunos casi un mozo viejo, cuando le propuso a su amada que se fuese con él, que ya se casarían después, no podría ser en el altar pero sí para el resto de sus vidas. Eligió el día de Nochebuena, a las 12 de la noche para que cuando las campanas de misa de gallo tañesen por el Nacimiento fuese también el nacimiento de una nueva vida en común.

Impaciente, junto al muro de la casa de su novia él esperó, no mucho, pero esperó, aunque ella nunca



apareció. Ángel había ido con su Orbea negra, reluciente, sin atreverse a tocar el timbre por si ella no se había dado cuenta de la hora. Fue tanto el coraje por el despecho que incapaz de montarse en la bicicleta, la llevaba a un lado tropezando a cada paso con los pedales destrozándose además del corazón, las espinillas. Ángel cumplió su promesa: “Si no me caso contigo, ya no me caso”. Y a sus 80 años, sigue soltero.

La vida de Ángel es la vida dedicada al trabajo, después de la cristalería estuvo en una confitería, donde sus jefes -más jóvenes que él- le llamaban `maestro´. Allí no trabajaba los sábados por la tarde porque tenía la famosa semana inglesa, todo un privilegio en aquellos años. Comenzaba su jornada a las seis de la mañana y para abrir el obrador solía esperar la ayuda del sereno pues la puerta era demasiado pesada como para ser levantada por una única persona. Igual que ahora, en los períodos festivos se suele necesitar más el trabajo de una confitería, y aunque Ángel estaba entre hornos y masas, una parte de él viajaba en los carrillos que vendían monas: “monas, monas, ha llegado el bollero” gritaba el vendedor sobre el triciclo, tocando un timbre y una bocina, endulzándole la vida a todos aquellos que comprasen los pasteles hechos por Ángel.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Ángel llegó a la residencia tras sufrir una angina de pecho, aquí lleva 14 años de su vida y los demás residentes se han ido convirtiendo en su familia, los médicos en sus confesores y se siente como en casa hasta el punto de que la puerta de su habitación está siempre abierta.

Para él lo más hermoso de la vida es vivir. Todos los días se levanta sintiendo alegría al ver por su persiana -que nunca baja del todo- la luz de un nuevo amanecer y agradece a Dios el tener ese día por delante. La alarma de su despertador está parada a las 7 en punto de la mañana, me dice que es para poder aprovechar el día y buscar nuevas metas. Aunque haya gente que piense que por estar en una residencia no tiene ilusiones él intenta ayudar a todos sus “vecinos”. Antes, cuando estaba más ágil salía a los hospitales para visitar a los residentes que estaban enfermos. Ahora intenta ayudar en lo que puede y cuando menos se lo espera es cuando alguien lo necesita, quizá un consejo, tal vez hablar o para partir un filete en el comedor.

Cuando ha estado enfermo siempre ha tenido la esperanza de ponerse bien, ha intentado sacar fuerzas para disfrutar la vida porque es lo más hermoso que hay en este mundo y él intenta disfrutarla.

Lamenta no haber tenido juventud, la juventud la tiene ahora, siente que ha vuelto a nacer en estos últimos años y dice, entre risas, que no juegan porque no están para jugar pero que son como críos.